

de la simbología convencional (puntos para representar asentamientos, líneas para límites o vías de comunicación, etc.), se sirve con frecuencia de flechas (para expresar flujos y direcciones), isólinas (para zonas o gradientes), círculos (para aureolas de atracción); símbolos positivos o negativos (para procesos de polarización-repulsión, así como de crecimiento-decrecimiento), arcos (para ámbitos de relación o afinidad), etc. Un esquematismo que pretende comunicar con figuras elementales estructuras complejas y que se ha convertido, a la vez, en uno de los principales blancos de los detractores de la corematística y en una de las razones de su éxito y proyección más allá de los círculos académicos.

Y es que, en efecto, los modelos coremáticos han recibido amplia difusión en otros ámbitos externos a la academia universitaria francesa, como, por ejemplo, la ordenación del territorio y la enseñanza primaria y secundaria de la geografía.

A partir de su profusa utilización en los estudios prospectivos encargados al Grupo RECLUS por la DATAR y otros organismos de planificación franceses, los mapas, gráficos y mensajes coremáticos se han introducido con fuerza en los documentos de ordenación de dicho país (tampoco han faltado, por cierto, en los de otros países, caso de España) para representar estructuras, relaciones o dinámicas territoriales. Algunas de esas representaciones, como el esquema sobre la estructura regional europea prestido por la llamada «banana azul» (la gran dorsal o megalópolis europea que atravesaría el continente desde el suroeste de Inglaterra a la Toscana), han adquirido, incluso, notoriedad internacional entre los expertos y los políticos, suscitado intensos debates e influyendo directamente en algunas de las orientaciones de la política regional y ordenación del territorio de la Unión Europea: la célebre división en «conjuntos transnacionales» recogida en los documentos *Europa 2000* y *Europa 2004* (Comisión Europea, 1991 y 1994), los estudios de prospectiva regional a que dio lugar y las iniciativas de cooperación territorial organizadas sobre la base de tal división —como algunas de las INTERREG— constituyen quizá los ejemplos más claros en este sentido, aunque ni mucho menos los únicos.

Conceptos macrorregionales ampliamente utilizados hoy día en la terminología geográfica y ordenancista europea (y en ciertos casos institucionalizados en calidad de *lobbies* o redes de cooperación), como el de los Arcos (atlántico y latino), partieron en origen de las interpretaciones coremáticas y siguen encontrado amplio eco entre políticos, tecnócratas y medios de comunicación, que los encuentran enormemente cómodos, directos y sencillos de entender. Sencillos que sus críticos tildan en realidad de simplismo y falta de rigor, y que tampoco ha estado exenta de manipulaciones, discusiones e impugnaciones de carácter ideológico, como algunas de las planteadas desde las páginas de la revista *Hérodote* (1995).

3. Región y geografía regional en la era de la globalización

Como ha señalado Brunet (1990), «la región es probablemente la palabra más oscura y controvertida de la geografía». Y quizá haya sido también el concepto más debatido en la historia contemporánea de la disciplina. Al lado de otros temas centrales, tales como el paisaje o las relaciones entre la sociedad y la naturaleza, las ideas relativas a las regiones y los lugares han figurado en el corazón del discurso geográfico desde su institucionalización académica. La región ha constituido un problema conceptual y un motivo de debate permanente para la geografía, y ha suscitado, suscita y suscitará seguramente en el futuro una ingente bibliografía teórica y metodológica.

Ninguna de las principales tendencias epistemológicas modernas de la disciplina ha dejado de teorizar sobre su significado. Del recorrido por la historia del pensamiento geográfico emerge la evidencia de la falta de una definición universalmente válida y aplicable de región. Bernard Kayser (1990) hablaba, en tal sentido, de la «inabarcable región», y el urbanista Ullan Wannop comenzaba su notable estudio sobre la planificación regional con la irónica defini-

ción dada al término por el *Franklin Language Master Dictionary and Thesaurus*: «Region = indefinitely defined area» (Wannop, 1995: XIII).

La historia de este debate resulta, sin lugar a dudas, apasionante, pues se entrelaza y hasta se confunde inseparablemente con el problema de la definición de la disciplina; con el de la búsqueda de un objeto propio en el sistema de las ciencias; con los procedimientos con que abordar el estudio y la descripción de los hechos geográficos; con el dilema, no menor, de la unidad entre la geografía física y la humana; y en muchos casos también con algunas de las grandes cuestiones de la sociedad contemporánea, como las relativas a la regionalización (Claval, 1993; Costa, 1995; Agnew, 1996; García Álvarez, 2002). Muchas de esas cuestiones no han perdido en absoluto su vigencia y conocer su genealogía y sus líneas directrices ofrece un patrimonio enormemente rico para la formación de geógrafos. Sin apenas espacio para detenerme, he querido dedicar este apartado final del capítulo a plantear, a la luz del contexto reciente, cinco asuntos sustanciales en relación con la geografía regional: la cuestión de las tipologías regionales; la de la ontología de la región; la de los modelos narrativos del género regional; el papel de la naturaleza en los estudios regionales; y las implicaciones y retos suscitados, desde el punto de vista de las escalas espaciales, por el fenómeno de la globalización.

Buena parte del debate geográfico sobre la región y sobre la dimensión regional en geografía se ha desarrollado en dos sentidos, estrechamente imbricados: de un lado, la elaboración de taxonomías, tipologías o clasificaciones; cuestión eminentemente metodológica; de otro, el problema de la existencia, de la ontología del concepto regional. Desde el punto de vista taxonómico, a su vez, se han avanzado tipologías de diverso orden, basadas, bien en el número de variables manejadas (regiones de una, de dos o más variables, incluso regiones «totales»); bien en el objetivo o elemento definitorio principal (regiones históricas, regiones políticas o administrativas, regiones naturales, regiones formales; regiones geográficas, regiones económicas homogéneas, regiones funcionales; regiones-sistema; regiones mentales o perceptivas, regiones plan, regiones problema, regiones virtuales, regiones propaganda...); bien en la escala o nivel espacial de análisis (mundo, zonas, dominios, provincias, comarcas, localidades; o dicho en otros términos: megaregiones, macrorregiones, mesoregiones, microregiones...). Philippe y Geneviève Pincherel han incidido en la riqueza semántica del término y la pluralidad de las interpretaciones que suscita:

Las regiones son un medio de funcionamiento, de gestión [...], un medio de acción, de intervención, de dominación, de control. Son un medio de conocimiento, de análisis, de diagnóstico. Son una identificación, una representación, una pertenencia. También, una expresión de la humanización de la tierra [...] [en la medida en que] el hombre es un animal territorial [...] y la territorialidad afecta al comportamiento humano a todas las escalas de la actividad social (P. y G. Pincherel, 1997: 396-397, traducción propia).

Parece claro, observa en el mismo sentido Olivier Dollfus, que:

No hay una sola regionalización para una extensión dada, sino muchas posibles en función de los objetivos que se fije, de los criterios adoptados, del sistema referido como organizador del espacio entonces identificado. Una extensión puede estar dividida en «regiones naturales» o «regiones culturales» o regiones a partir de una red urbana o una actividad económica dominante (Dollfus, 1986: 257, traducción propia).

De ese esfuerzo de regionalización surgen, naturalmente, tipologías distintas, construidas sobre criterios heterogéneos, y lo que es más importante, que «no reflejan todos los mismos niveles de realidad» (Claval, 1993: 41). La variedad de esas opciones y realidades regionales abordadas por la geografía y por otras ciencias territoriales modernas, como es sabido, es muy amplia. Ensayos de sistematización recientes, como los de Mata Ojmo (1995)

Y el matrimonio Pinchermel (1997), han identificado cinco grandes lógicas de regionalización (la natural, la de la homogeneidad y uniformidad humanas, la de la polarización, la de la territorialidad y la de la economía política regional), cada una con sus variantes, aun aceptando que toda porción de la superficie terrestre presenta, en cualquier momento, características que la relacionan con una u otra lógica.

Cualquier espacio geográfico conforma simultáneamente, dependiendo cómo se contemple, un paisaje, un territorio, una región, un espacio geométrico, un punto en una red más amplia de relaciones, un centro o una periferia en la división espacial del sistema político y económico. Lo esencial, por lo tanto, estriba en dilucidar la lógica más adecuada para el objetivo concreto que persigamos. Aunque algunas de ellas se hayan postulado como alternativas a la geografía regional clásica, lo cierto es que, en rigor, las corrientes y paradigmas que se han sucedido desde entonces no han excluido del núcleo de la geografía el estudio de las diferencias regionales, sino que más bien han ofrecido lecturas diversas de esas diferencias, aproximándose a ellas en términos, bien de combinaciones localizadas e individuales de leyes generales (caso de los enfoques radicales), bien, en fin, de lugares o regiones vividas (caso de los enfoques fenomenológicos). Y si, por encima de la adscripción a una u otra tendencia teórico-metodológica, se concibe la geografía como un estudio de problemas regionales, esto es, de cuestiones que afectan de forma significativa al funcionamiento de un territorio y una sociedad determinada, el viejo debate sobre la naturaleza y los límites de la región deviene en buena parte, como exponía recientemente Gerardo de Jong, una cuestión secundaria: «los límites de la región no son otra cosa que el resultado de la comprensión de la problemática analizada. [...] Los límites son un producto y no un envoltorio» (Jong, 2001: 79).

Esas variedades de lógicas o formas posibles de regionalización ha remitido a menudo al segundo de los dos grandes debates espinados: el de la ontología de la región. ¿Es la región un ente objetivo, existente en el espacio, que el investigador debe descubrir y estudiar? O es, por el contrario, una estructura mental, un instrumento subjetivo elegido por el docente o el investigador para describir y explicar el mundo? La controversia es relativamente antigua y ofrece numerosos ejemplos de tomas de posición explícitas y decididas en una u otra dirección, así como de actitudes conciliadoras, cada vez más numerosas, tendientes a admitir ambas posibilidades. Porque el debate sobre la ontología de la región, que tuvo su sentido en el seno de una polémica más general sobre el estatus científico y filosófico de la disciplina, resalta hoy día, en buena parte, un falso dilema, una dicotomía innecesaria y desafortunada: como ha resumido Agnew (1999: 93), «las regiones son tanto la materialización de las diferencias existentes sobre la superficie terrestre como las ideas que las personas se forman sobre esas diferencias. Limitarse a una visión parcial del complejo universo de lo geográfico, encerrarse en posiciones extremas —ya de carácter realista o materialista, ya de tipo idealista o constructivista— que desprecian la importancia de unos u otros factores, sólo puede tener efectos empobrecedores, como han advertido los partidarios de unas u otras corrientes».

Nicholas Entrikin, autor de un hácido ensayo sobre la compleja ontología de los lugares, ha afirmado en parecido sentido: «Comprender el lugar requiere que accedamos a una realidad objetiva y subjetiva a un mismo tiempo» (Entrikin, 1991: 5). Requiere entender las relaciones y localizaciones generadas en que se sitúa, pero también los significados que emanan del sujeto; adoptar simultáneamente la perspectiva descendida del científico y la visión subjetiva del narrador. «El lugar es, a la vez, un centro de significado y el contexto externo de nuestras acciones» y, por tanto, «se contempla mucho mejor desde los puntos (epistemológicos) intermedios» (Entrikin, 1991: 7).

Desde hace varios decenios, es evidente que la concepción corológica de la geografía, esto es, la idea de una geografía centrada en la misión de describir y explicar lugares, constituye simplemente uno entre los muchos enfoques posibles de concebir el estudio regional. Pero ello

no significa, como se ha expuesto anteriormente, que esta misión —reconocida y enaltecida hoy día por determinada demanda social— deba ser despreciada o reducida, por quienes la retomen, a los esquemas descriptivos del pasado. Desde la crisis de la geografía regional clásica se han planteado y plantean, según hemos visto en los apartados previos de este balance, alterativas a este respecto, con sus correspondientes estilos o modelos de escritura. Ciertamente, el modelo narrativo de la vieja monografía regional, fundado sobre la juxtaposición de capítulos sistemáticos dedicados a aspectos físicos y humanos muy distintos y aplicado de manera uniforme al estudio de los espacios más variados, sigue teniendo vigencia por fuerza, como modalidad y eficacia en las obras descriptivas de género divulgativo o en determinadas expresiones de la geografía aplicada, pero conviene cada vez más con otro tipo de estilos (Figura 5).

<p>TERÁN, Manuel de (1952): <i>Europa. Geografía general, en Imago Mundi. Geografía universal, Madrid, Aletia, vol. 1, pp. 1-45.</i></p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Figura y personalidad geográfica de Europa. 2. Las formas del relieve. 3. El mar y la configuración litoral. 4. Clima y vegetación. 5. La red hidrográfica de Europa. 6. La población. 7. Los recursos y la actividad económica de Europa. <p>(Siguen los capítulos regionales, que ocupan otras 350 pp.)</p>	<p>DEBAYO, Max (1945): <i>Europa, Barcelona, Labor, 543 pp. Original en francés: 1938.</i></p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Estructura y relieve. 2. Los climas y la vegetación. 3. Los suelos. 4. La ocupación del suelo. <p>(Siguen los capítulos regionales, que ocupan 430 pp.)</p>	<p>JORDAN, Terry (1956): <i>The European culture area. A descriptive Geography, Nueva York, Harper Collins, 3ª ed., 430 pp. 1ª ed.: 1971.</i></p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Europa definida. 2. Ecología. 3. Religión. 4. Geolingüística. 5. Geografía. 6. Demografía. 7. Geopolítica. 8. Agricultura. 9. Paisajes rurales. 10. Ciudades. 11. Industrias primarias y secundarias. 12. Industrias de servicios. 13. Regiones.
<p>LÓPEZ PALOMARQUE, Francisco (coord.) (2000): <i>Geografía de Europa, Barcelona, Ariel, 619 pp.</i></p> <p>PARTE I. EUROPA, RESULTA GEOGRÁFICA</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Los conceptos de Europa y la geografía regional. <p>PARTE II. COMPONENTES Y FACTORES CONJUGADOS DE LA ORGANIZACIÓN ESPACIAL EUROPEA</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. La estructura física, particularidad, contingencia y diversidad de los paisajes naturales. 2. La configuración histórica del territorio europeo. 3. La estructura política: un mapa cambiante e inabarcado. <p>PARTE III. CUESTIONES DEMOGRÁFICAS Y MOVIMIENTOS DEMOGRÁFICOS DE LA UNIÓN EUROPEA</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Evolución y distribución espacial de la población. 2. Dinámica de la población europea: dinámicas naturales y dinámicas migratorias. 3. Características estructurales y socioeconómicas de la población. <p>PARTE IV. ESTRUCTURA Y TRANSFORMACIONES DEL TERRITORIO EUROPEO</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Sistema de ciudades y estructura territorial. 2. La ciudad: espacio de producción, espacio de consumo. 3. Transformaciones de las actividades rurales y nuevas tendencias en la localización industrial. 4. Actividades y espacios rurales: hacia la sociedad postindustrial. 5. Cambios y permanencias en el espacio rural. <p>PARTE V. CONDICIONES, TENSIONES Y PROBLEMAS DE INTERVENCIÓN</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Delimitación social y desajustes territoriales. 2. Desajustes, condiciones y contramovimientos: recursos sociales y bélicos en Europa. 3. Problemas ambientales y conservación de la naturaleza. <p>PARTE VI. EUROPA EN EL ESCENARIO MUNDIAL</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Las relaciones e interacciones de Europa con las regiones del mundo. 2. El sistema territorial más extenso del mundo. 3. La Unión Europea: forma y proceso de integración política y económica. 		

FIGURA 5. Diferentes índices de manuales de geografía de Europa. Advértanse las diferencias entre los planteamientos de las obras de Terán y Jordán, ilustrativas del modelo descriptivo regional clásico, y los de los otros dos manuales seleccionados, representativos de enfoques alternativos al anterior.

En tercer lugar, la globalización introduce no sólo nuevas configuraciones espaciales, sino también nuevas formas de relación entre los lugares y entre las diferentes escalas. El entendimiento del espacio geográfico se transforma y renueva al impulso de esos mismos cambios.

En el marco de la globalización, los Estados pierden ciertos poderes (en particular, en el orden económico e institucional) y tratan de adoptar nuevas estrategias para recuperar su capacidad de acción. Las organizaciones multinacionales se perfilan como actores cada vez más decisivos —de «ciudades globales», en la expresión acuñada por Saskia Sassen, o de «ciudades globales», según prefiere Allen Scott (2001)— que concentran el poder económico y político y actúan como ámbitos de socialidad y como nodos de enlace entre las redes urbanas. En todo caso, las respuestas a los procesos globales difieren local y regionalmente. Junto a las citadas ciudades-regiones dinámicas, sobre las que parece ordenarse la globalización, coexisten otras menos dinámicas y otras que decaen y pierden progresivamente capacidad de insertarse en el sistema-mundo o permanecen en la marginalidad.

El sistema-mundo no anula, en modo alguno, lo local, ni tampoco las escalas intermedias, pero cambia el régimen de relaciones entre las distintas escalas, intensificando sus relaciones e imponiendo nuevas reglas. «Los procesos globales no se superponen, sino que se funden con los locales», afirma Ortega Valcárcel (2004).¹⁶ Las regiones «tradicionales» (continuas) todo, pero dependen cada vez más de factores exteriores (es decir, son cada vez menos autónomas) y en todo caso conviven con otras formas de organización de límites menos precisos (provinciales, metropolitanos).

En efecto, los medios de comunicación posibilitan la intensificación de los vínculos espaciales a larga distancia (las «verticalidades», en la expresión de Milton Santos) y generan una organización espacial territorial en red formada de puntos discontinuos (caso de las grandes ciudades del eje conexión con sus entornos territoriales). Pero esa organización en red o en archipiélago espacial, es decir, mediante vínculos con las áreas vecinas (Santos, 1994). Del mismo modo, los flujos (de conocimiento e información), que opera a escala global y actual el espacio, cada vez más importantes de la experiencia humana, coexiste necesariamente con el espacio de los lugares, de los espacios tangibles y cargados de significado, que siguen representando el ámbito principal de experiencia para la inmensa mayoría de las personas. Los flujos (Merchand, 2001). Las propias formas de identidad social cambian en especial los espacios locales, que esa tensión creciente entre homogenización y fragmentación: a las co-

munidades tradicionales del pasado, basadas en el contacto directo, se superponen nuevos o comunidades (con sus propias espacialidades) que basan su sentido de identidad en elementos intangibles o simbólicos o en el consumo de ciertas mercancías y estilos de vida que han sido fabricados desde ámbitos remotos y que —en virtud de la creciente movilidad de los factores de producción y distribución, así como de los mas media y las tecnologías de la información— alcanzan una difusión prácticamente global (Alber, 2001).

En ese mundo crecientemente globalizado, la geografía en general y la geografía regional en particular, encuentra sin duda terreno para aplicar viejas destrezas y sensibilidades metodológicas, como explicación de las diferencias y de problemas territoriales socialmente relevantes con una perspectiva integradora que tiene en cuenta la historia, los recursos naturales y los humanos, así como la relación entre escalas. Pero también lo encuentra para diseñar e incorporar otros de carácter novedoso. La fecunda reflexión llevada a cabo en el último decenio y medio sobre el concepto de escala ejemplifica bien el estímulo que la globalización ha tenido en los modos de percibir el espacio. La máxima, desde hace tiempo asumida, de que «la región se lee y se vive a varios niveles» y el punto de vista geográfico exige «una aproximación interactiva o dialéctica entre las macroescalas y las microescalas» (Norn, 1985), parece cobrar hoy más sentido que nunca en el marco de la mundialización creciente. Más aún, algunos autores han llegado a afirmar que, en el mundo de hoy, la cuestión central para un proyecto de geografía moderna estriba en explorar la dialéctica entre lo global y lo local; en explicar cómo los procesos generales que operan a escala planetaria configuran los espacios particulares, a la vez que éstos tratan de influir en aquellos; en aclarar cómo tales procesos, que están creando una «aldea global», estimulan un paralelo y sólo en apariencia paradójico desarrollo de lo local y lo regional, o el incremento de los sentimientos de identidad asociados a las culturas territorializadas; en demostrar, en fin, esa compleja y estrecha imbricación que los autores anglosajones han venido a denominar lo «global», o la «globalización», expresiones acuñadas por Paul Virilio (Johnston, Taylor y Watts, 1995; Cox, 1997).

En los últimos años, por otra parte, el concepto geográfico de escala se ha diversificado y ha ganado en profundidad teórica (Reboratti, 1999; Gutiérrez Puebla, 2001; Paasi, 2004). A la idea tradicional de escala, en el sentido de tamaño o orden de magnitud, y a la idea de la escala como nivel jerárquico, en el sentido de territorio provisto de más o menos poder (como ocurre en las mallas administrativas), se han añadido otras dos concepciones importantes, que indagan, de manera distinta, en el entendimiento de la región como construcción social: la escala como red y la escala como relación.

La primera de estas dos concepciones ha sido desarrollada, particularmente, por Kevin Cox (1998), en el deseo de superar la tendencia habitual a pensar que cada nivel político-territorial tiene un área cerrada a la que sus actores se ajustan perfectamente (esto es, que los políticos locales actúan sólo a nivel local, los nacionales a nivel nacional, etc.). Para este autor, la escala se concibe mejor como una red de asociaciones o de agentes sociales cuyos límites de actuación son porosos, pues no cubren enteramente todo su marco político y suelen extenderse más allá del propio nivel, en la medida en que, por ejemplo, los agentes locales se ven influidos por —e influyen en— los agentes nacionales, etc. Cambiar de escala, en esos términos, equivale a cambiar de estrategia política, esto es, a tratar de influir sobre otras escalas, o en realidad, sobre los agentes de esos niveles.

La idea de escala como relación, propuesta recientemente por Richard Howitt (1998, 2002), puede enunciarse de la forma siguiente: cuando se cambia de escala, los elementos que se contemplan pueden ser, esencialmente, los mismos; lo que cambia es la relación entre ellos y el peso relativo de cada uno. Como ejemplo ilustrativo, Howitt ha expuesto con detalle el conflicto suscitado entre los diversos agentes e intereses implicados en la construcción de una mina de bauxita en un territorio australiano propiedad en buena parte de comunidades aborígenes: a nivel local ahora el problema de los intereses de los aborígenes; a nivel nacional pesa

16. Desde el punto de vista de la localización, la región aparecería como una red o aglomerado espacial, por debajo del Estado, por encima de la provincia, vicinidades provinciales, relaciones interlocales y subregionales, esencial para entender los cambios de percepción e interacción a escala internacional y regional (Ortega Valcárcel, 2004). Una perspectiva que remite a la geografía regional de orientación económica-política, para las cuales, según vimos en el apartado previo, la distribución de los recursos físicos y humanos, como un área, en definitiva, de desarrollo o acumulación espacial, que es distinta y que puede coincidir o no con los territorios o regiones político-administrativas.

La importancia de la industria del aluminio para la economía nacional, y a nivel global lo que domina es la estrategia de las multinacionales. Los elementos son los mismos, pero las relaciones entre ellos; la primacía de unos intereses y problemas, varían de una escala a otra.

Pero, más allá de los retos teóricos y metodológicos del tipo de los enunciados, eminentemente circunscritos al ámbito académico, la globalización plantea o intensifica también una serie de desafíos culturales, educativos y éticos en los que la geografía regional puede prestar una aportación esencial. La mundialización de los flujos migratorios, la diversificación de los orígenes de esos flujos y en las principales regiones receptoras, la sustitución del predominio de los europeos por ciudadanos de Asia, África y América Latina, entraña la formación de sociedades multiculturales y plurilingües, frente a la relativa homogeneidad previa de los Estados-nación. En ellas, el acomodo o la integración de los inmigrantes genera en muchos casos problemas de convivencia, así como reacciones de rechazo o de temor. La propia globalización cultural bajo patrones occidentales encuentra una contestación rotunda en ciertas áreas o comunidades, que reaccionan reforzando o incluso radicalizando su identidad étnica y religiosa; los crueros alentados terroristas en Nueva York (2001), Madrid (2004) y Londres (2005), entre otros episodios, han traído la cuestión del fundamentalismo islámico al primer plano de las políticas de defensa y seguridad de numerosos países (occidentales y no occidentales); mientras que la teoría del «choque de las civilizaciones» de Samuel Huntington (1998), una de las más influyentes en relación con el orden geopolítico internacional posterior a la guerra fría, ha augurado un futuro marcado por conflictos que tendrán su raíz principal en las diferencias culturales.

En ese contexto, los valores educativos de la geografía en general, y de la geografía regional en particular, encuentran un reto y una justificación particularmente relevantes. Como producto institucional, la enseñanza pública de la geografía ha sido, ciertamente, desde el siglo XIX, vehículo para la socialización de las ideologías territoriales dominantes, objetivo del que tampoco se ha separado hoy día. En la mayoría de los países occidentales, durante el siglo XX y buena parte del XXI esta enseñanza sirvió todo para fortalecer los vínculos emocionales y políticos del ciudadano con el Estado propio (contribuyendo a dotar de contenido nacional a esos Estados¹⁷), proporcionarle información sobre los recursos reales o potenciales del país, o incluso legitimar, en ciertos momentos, situaciones geopolíticas internacionales claramente designadas, como el orden colonial. Y tanto en aquellos países como en muchos otros ajenos a la cultura occidental, la educación geográfica representa, todavía hoy, un instrumento esencial en la formación de identidades sociales y territoriales, en especial a escala local, regional y nacional, un objetivo que justifica en buena parte su inserción y continuidad en los sistemas educativos nacionales.

Es evidente que la enseñanza de la geografía se ha utilizado y puede utilizarse para alimentar localismos y nacionalismos excluyentes, así como para justificar un orden internacional desigual. Pero también que se ha usado y puede usarse al servicio de concepciones nacionales mucho más cosmopolitas, liberales, integradoras, plurales y solidarias, que faciliten al ciudadano identificar simultáneamente con diferentes escalas socio-espaciales, tomar conciencia de su interrelación y sentirse parte activa e implicada de los problemas que afectan al conjunto de la humanidad. Porque, como se ha recordado recientemente:

El sentimiento y apego a una tierra, que algunos llaman patriotismo, no está en contradicción con el hecho de apreciar la alteridad, es más, llegar a comprender que el mundo es un entramado de sistemas imbricados significa darse cuenta de que no existen soluciones aisladas a los problemas (Villanueva, 2002: 8).

En los últimos años se ha insistido, precisamente, desde contextos geográficos y académicos muy diversos, sobre la conveniencia de apreciar lo local con conciencia y preocupa-

ción global, resumido en el eslogan, ampliamente difundido, de «pensar globalmente, actuar localmente». En parecido sentido, se viene hablando mucho, utilizando los términos de Adorno, del reto de formar un «cosmopolitismo arraigado» (Sanz, 2001). Y dentro de ese reto, con independencia de otras orientaciones posibles, las potencialidades de nuestra disciplina parecen incontestables.

La comprensión del sentimiento de pertenencia y de responsabilidad respecto a la propia comunidad no excluye la comprensión de —y la preocupación por— los problemas de otros territorios, o mejor, de las interdependencias de los pueblos y de la necesidad de cooperación entre los mismos. La geografía regional puede contribuir a explicar «por qué existen espacios y sociedades distintos entre sí, pero enfrentados a problemas comunes» (Ritador, 1988: 83); puede ayudar también a una mejor relación entre el hombre y la naturaleza (Nir, 1985); puede ser un modo, no sólo de conocer «la prodigiosa capacidad creativa —y además, destructiva— del hombre» (Pinchevnel, 1989), sino también de «comprender y honrar» otras culturas; puede servir, en fin, como un vehículo de entendimiento, acercamiento, tolerancia y respeto, en sentido amplio, hacia otras formas de organización social y de aprovechamiento del medio, y un instrumento para fomentar la cooperación y el entendimiento internacional (Graves, 1985; Johnston, 1997; Willis, 2004). La geografía regional del mundo, en especial, puede mostrar como diferentes civilizaciones han tenido también una manera diferente de organizar el espacio y que cada manera puede entenderse y por lo tanto, respetarse. Y esto, como señala Philippe Pinchevnel (1989: 19), resulta una elección «vital en un mundo que tiende a organizarse según el modelo de las sociedades postindustriales de Occidente.»

Claro está que la tolerancia no debe ni puede excluir el juicio crítico ante determinados valores y actuaciones, como tampoco minimizar el carácter universal de muchos de los problemas y retos del ser humano. Como ha reclamado Stoddart parafraseando el memorable artículo de Kropotkin (1885), la geografía:

... debe ser un conocimiento que suministre medios para engendrar sentimientos dignos de la humanidad; debe luchar contra el racismo, la guerra, la intolerancia y la opresión; debe disminuir las falsedades que resultan de la ignorancia, de la opresión y del egoísmo (Stoddart, 1994: 542-543).

Desde esa perspectiva, el objetivo de apreciar la diversidad no puede considerarse incompatible con el de cuestionar y denunciar las crecientes desigualdades socioeconómicas a nivel mundial y promover, desde las aulas, el ideal de una mayor justicia social y ambiental. El respeto de la diversidad no ha de confundirse, tampoco, con la defensa de un relativismo extremo y a la postre, neoconservador: este es uno de los riesgos éticos más notables y más duramente criticados de ciertas actitudes postmodernas (Martodon, 1994). La enseñanza de la geografía regional debe contribuir a la difusión de valores y derechos de vocación absoluta y universal, así como ayudar a clarificar ideas y proponer soluciones ante problemas que nos competen a todos, como el hambre y la pobreza, las amenazas y conflictos bélicos o las consecuencias de una explotación abusiva de la naturaleza. Y en la medida de lo posible, a utilizar el conocimiento geográfico para reducir tales realidades, si no para erradicarlas. Porque, como apuntaba Stoddart (1994: 539), «la geografía regional ayuda a identificar y a especificar esos problemas; es, sin embargo, el principio, más que el final».

17. Ideas parecidas, aunque planteadas a otra escala geográfica, han inducido las pronunciamientos de los principales dignos políticos de la Unión Europea, así como de la Comisión Europea, en pro de reforzar la presencia de la dimensión europea en los distintos niveles educativos de los países miembros (Villanueva, 1995).